

DEMOGRAFIA Y SALUD

El presente relato es una secuencia panorámica, enfocada por el criterio de un experto, de cómo se han ido proyectando en lo que va corrido de este siglo los diversos aspectos de la desigualdad social en los países latinoamericanos.

Entre una serie de aspectos negativos que se constatan en esta revisión, el autor describe el caudillismo, estancamiento, violencia, evidencia de la necesidad de cambios profundos en las estructuras económico sociales, en la distribución de la riqueza, en la tenencia de la tierra. Todo ello resalta la urgencia de políticas de desarrollo que incorporen la variable demográfica en este análisis científico de los problemas de población en el que el control de natalidad no es componente de menor importancia entre las soluciones del problema.

América Latina, Chile y las políticas de población

Dr. HERNAN ROMERO

Mi vida personal es un puente entre dos mundos. Conocí la época en que la resignación constituía virtud: cada cual debía conformarse con su suerte y la adversidad sería compensada con creces en el más allá. Alguien regía los destinos de los hombres y los cautelaba con solicitud y benevolencia. Se le llamaba Providencia Divina. Como sustentó en la Convención Conservadora de 1913 el Presidente del Partido, en el discurso oficial, es voluntad del Señor que en esta tierra haya pocos ricos y muchos pobres. En la misma vena Abraham Lincoln anotó que Dios debe sentir predilección marcada por los últimos puestos que los crea en números tan grandes. Quienquiera pretenda torcer su mano desatará verdaderos cataclismos y, además, resultará defraudado. En mi niñez quedaba el recuerdo de la oposición a la ley de instrucción primaria obligatoria porque había de acabar con las sirvientas y al ferrocarril entre Santiago y Valparaíso porque aniquilaría el servicio de coches de posta. Había un "establecimiento" —vale decir un grupo compacto de dirigentes fuertemente unidos por lazos de consanguinidad y matrimonio, ideología e intereses— con caracteres nítidamente definidos. Gozaba de todos los privilegios y experimentaba pocos escrúpulos o ninguno. Le asistía la convicción inamovible de su superioridad y creía brindar oportunidad a los de abajo que tuvieran méritos legítimos para acceder a los peldaños más elevados. Por este mecanismo se atenuaría

el desnivel; pero jamás habría igualdad social. Nunca mi padre pagó impuesto de renta y las contribuciones de bienes raíces eran meramente simbólicas. Se dissociaban los partidos políticos por desacuerdos religiosos o por diferencias sutiles en la interpretación de los fenómenos económicos. Los gobernantes parecían presidir una evolución con inercia y dinamismo propios. En mi juventud se pusieron en marcha algunas reformas substanciales de la educación. Las impulsó el sueño de visionarios. En general los ministros del ramo y de hacienda o agricultura —que se creó hace apenas unos 30 años— se limitaban a imprimir golpes al timón con mano muy liviana. Virtualmente transcurrió el primer cuarto del siglo antes de que se levantara alguna bandera de reivindicación social y de que grupos obreros, laxa y ocasionalmente organizados, la empuñara en actitud combativa. Hubo una que otra asonada sangrienta que fueron circunscritas y expeditamente sofocadas. De aceptar que este cuadro es esencialmente verdadero, resultaría mucho más impresionante si se atiende a que Chile es acaso el país de América Latina cuya madurez política y social ha caminado con más celeridad y menos contratiempos. Reconozco que se la puede equiparar con más de algún otro; pero afirmo, en cambio, que esos diversos rasgos subsisten relativamente incólumes en varias naciones nuestras.

En los 40 años y, sobre todo, en los 25 más recientes, se produjo un vuelco radical. Hacia 1940 debió desencadenarse la revolución de expectativas surgentes o en ascenso que el Presidente Frei denomina de aspiraciones reprimidas. En esta tierra reviste fuerza arrolladora y la tiene muy acentuada en todas o casi todas las

Presentado a solicitud de los organizadores en la II Conferencia Regional de Población que auspició en México (agosto de 1970) la Unión Interamericana para el Estudio Científico de la Población.

repúblicas hermanas. De la convulsión cabe citar expresiones patentes y numerosas. Sin comparación con el surgimiento industrial ni con la desocupación de brazos a impulsos del progreso agrícola, los campesinos huyen hacia la ciudad creyendo dejar atrás la miseria y atraídos por el señuelo de mejores perspectivas para ellos o siquiera para sus hijos. Las insurrecciones que han plagado la historia de la América morena y sido característica tan peculiar provinieron fundamentalmente del caudillismo: caciques ambiciosos se tomaban el poder central y solían llegar hasta legarlo por herencia. Todavía subsisten ejemplos. Hoy los pueblos derrocan a sus gobiernos porque los acusan de ineficiencia y la imputación se origina en que no se elevan con prontitud los niveles de vida. Prescindiendo de la perturbación en el proceso ordenado de desenvolvimiento cívico y de que muchos tienen conciencia clara, los ciudadanos suelen no resentir y hasta colaborar en la entronización de los militares. Esperan de ellos que impongan la disciplina que estiman indispensable para salir del estancamiento. Naturalmente los descontentos no desembocan indefectiblemente en la subversión; pero se traducen en violencias cada vez más frecuentes, explosivas y considerables. Generan clima de inestabilidad e inquietud permanentes y críticas acerbas de cuanto se hace o se deja de hacer. Se la fórmula en sordina cuando prevalece la censura como sucede, por desgracia, tan a menudo. Antes la educación tenía que ser compulsiva. Ahora casi la totalidad de nuestras repúblicas ha aumentado el presupuesto respectivo y en algunos, excedido de las proporciones que aconseja la prudencia, y sin embargo, la demanda rebalsa a borbotones. Pocos ignoran que, eminentemente autocrático, Bismarck inició los seguros sociales para refrenar el reclamo de aumentos de remuneraciones de los trabajadores y crear un simulacro de justicia en la distribución de la riqueza. Quería aplacar o retrasar así los estallidos. Acaso con propósito similar los dirigentes de varios países han convertido estos sistemas en una orgía de beneficios pródigos y sin concierto. Se podrían extender enormemente los ejemplos de reclamo y exigencia.

Quien no haya nacido y vivido en estas latitudes entiende malamente la tragedia o la tortura que representa el estancamiento. Cuando arribaron a Indias los españoles y portugueses se deslumbraron con las riquezas reales o potenciales. Han pasado cuatro siglos y todavía seguimos faltos. Entre otros Kingsley Davis ha destacado similitudes entre Australia y Argentina, como también entre Nueva Zelanda y Chile. A pesar de que se les colonizó mucho después, ambas repúblicas oceánicas nos aventajan enormemente y la distancia se agranda a

ojos vista. Los dos colosos vecinos —Estados Unidos y Canadá— ejercen efecto de demostración que duele y explica en buena medida los resentimientos. Nadie discute que el abismo que separa a las naciones avanzadas de las subdesarrolladas (*have and have not*) se ensancha ineludiblemente. Como si fuera poco, juega papel notorio en la separación el trato injusto a que se somete nuestra producción en los mercados internacionales. Porque somos indoeuropeos y nos hemos identificado enteramente con el occidente, estas inequidades nos hieren seguramente mucho más que a los habitantes de otras regiones. Se agiganta la percepción de dichas inequidades a medida que el transporte arruga el planeta y, más aún, que las comunicaciones permiten abarcar en toda su extensión el panorama que ofrece.

El autor pertenece al puñado de optimistas que alienta fe inquebrantable en el porvenir de América Latina. Porque conoce el Hemisferio y ha seguido el curso de los acontecimientos acuciosamente, cree firmemente que, a la vuelta del siglo o poco después, tres de nuestras naciones —Argentina, Brasil y México— se habrán convertido en potencias mundiales y varias otras habrán experimentado el despegue de Rostow y adelantado quizá a las naciones menores del Viejo Continente. En cambio le preocupan hondamente la prontitud con que se alcanzarán estos logros. Predomina impaciencia tal y, en muchos sentidos, tan justificada que el factor tiempo y los resultados a corto plazo revisten importancia primordial. Se han marchitado demasiadas ilusiones y malogrado demasiadas esperanzas. A esa impaciencia ha de adjudicarse la revolución cubana que, sobre todo a la luz del lapso transcurrido, despierta mucha más simpatía de la que quieren suponer los observadores de diversos ámbitos y, todavía más, los de fuera. Tampoco debe haber sido ajena al conflicto entre Salvador y Honduras y a las tensiones entre Haití y la República Dominicana. Incuestionablemente se abulta la falange de quienes juzgan que una conmoción de ese primer tipo conforma única solución y bregan para precipitarla denodadamente y cada vez con menos disimulo. No parece dudoso que la alternativa es encauzar y apresurar enérgicamente la evolución. Exige cambios radicales en las estructuras sociales, en la distribución de la riqueza, en la tenencia y explotación de la tierra, en los sistemas impositivos y en otros renglones cuyo análisis sobrepasa del cuadro de esta exposición. No les falta razón a los marxistas al oponerse a la regulación de la natalidad. Es mezquino afirmar que los inspira únicamente el deseo de que el crecimiento meteórico de población agrave y complique los problemas a tal punto que la gente termine adoptando o recla-

mando la fórmula que propugnan. En verdad esos programas pueden servir para distraer la atención de los descontentos y como anestésico para que aguijonee menos intensamente la imperiosidad de las transformaciones. La urgencia de formular y poner en práctica políticas de desarrollo social y económico, que incorporen incuestionablemente la variable demográfica, aparece tanto más perentoria cuanto que ocurren a todas luces y aún se fomentan tendencias que levantan obstáculos o contrarían dicho desarrollo. Entre estas tendencias mencionaré únicamente algunas que tienen atingencia directa con nuestra preocupación del momento. Incluyen el crecimiento demográfico sin frenos, la distribución defectuosa de los habitantes en el territorio y, consecutivamente, la formación anormal de las ciudades y el aumento de la marginalidad.

Como señalé en comunicación anterior, había esgrimir datos y argumentos repetidos hasta la saciedad. De que no hayan hecho mella mayor en la opinión pública tenemos buena dosis de culpa. Nos hemos habituado a sacarnos la suerte entre gitanos, esto es, a discutir estos asuntos entre nosotros, los conversos y confesos. En nuestros países no se han desplegado esfuerzos serios y eficaces para que lleguen a sectores ajenos. Peor aún algunos especialistas confunden la difusión sistemática de conocimientos con la propaganda que acarrea frecuentemente resultados contraproducentes. Nuestros contrincantes y, entre ellos, la Iglesia Católica la interpretan como un desafío y reaccionan agresivamente. Sé de varios casos. A la inversa el trabajo silencioso de control de la natalidad que han ejecutado abundante, tesonera y largamente los chilenos ha desencadenado muy pocas reacciones adversas. Procede emplear el procedimiento que denomino educación en círculos concéntricos, o sea a profesionales y dirigentes allegados a nosotros, primero y, después, a los que se sitúan progresivamente más distantes. Como en nuestras colectividades casi todos tenemos zonas de influencia, el procedimiento multiplica pródigamente los rendimientos y evita los peligros de la divulgación que remeda la siembra a boleó.

Nadie ignora ya que, entre las regiones mayores, América Latina goza del privilegio aciago de tener el crecimiento más precipitado —3% al año frente a 2% para la humanidad y menos de 1% para Europa— ni que se debe a la coexistencia de tasas modernas de mortalidad y medievales de natalidad. Tampoco habría de negar que trae consecuencias funestas: distribución defectuosa de los grupos de edad en forma que, con excepciones contadas, los menores de 15 años alcanzan o exceden del 40%; la distribución implica carga pesada de

pasivos e incorporación demasiado precoz a los mercados del trabajo —cerca del 90% de los 3.300.000 que, anualmente, ingresan a él tienen menos de 20 años— con merma de las posibilidades de educarse y calificarse; la redundancia de mano de obra y la insuficiencia de ocupaciones remunerativas deriva proporción ingente hacia las actividades de servicio o poco productivas, ocasiona desocupación y, sobre todo, subocupación. Se calcula que ambas sumarian un 30% de la fuerza laborante. La imperiosidad de dedicar los ingresos a consumos corrientes impide la formación de capitales individuales y nacionales; daña a éstos, además, la dificultad para cobrar impuestos a las familias numerosas. Mantenemos niveles precarios de nutrición gracias principalmente a que de naciones exportadoras de alimentos nos trocamos en importadoras a volumen creciente y con serio gravamen para los erarios; a no ser que la revolución verde —transportada a estas tierras— determine incrementos de entidad, la capacidad de expansión de nuestra agricultura es asaz limitada. A pesar de que una mayoría ha duplicado y más sus presupuestos de educación en el decenio reciente, hay más analfabetos, en números absolutos, que nunca en el pasado y millones de niños no consiguen acceso a los colegios, al tiempo que cantidad todavía mayor deserta prematuramente y se convierte o no en analfabeto funcional. Porque es perentorio se destinan a inversiones sociales —habitación, salud, etc.— dineros que se podrían canalizar hacia la formación y el refuerzo de nuestra infraestructura económica: caminos, puentes, puertos, etc. Tenemos que levantar escuelas en lugar de fábricas y casas en lugar de centrales termoeléctricas. En Chile se despliegan esfuerzos hercúleos para contruir viviendas que han exigido establecer impuestos especiales y derivar aún, indebida e inconvenientemente, dineros del seguro social cuya condición financiera es deplorable. Esfuerzos parecidos se realizan en otras partes y, sin embargo, subsiste el déficit de 15 a 20 millones de unidades y no se divisa expectativa alguna de corregirlo efectivamente. Salvo que sea muy sustancial, la elevación del producto nacional geográfico repercute poco sobre los ingresos per cápita que suelen sufrir aún depresión. Según CEPAL ese PNG que estuvo aumentando a razón de 2,2% por habitante entre 1950 y 1955, bajó a 1,8 y 1,7 en los dos quinquenios siguientes. Ahora no excederá de 1,2 en contraste con naciones que exhiben 5 y 8%. Y suma y sigue.

En otra comunicación anterior cité diversas pruebas de que estos conceptos son muy recientes e importan un vuelco respecto a lo que se pensaba 20 años atrás. Cité asimismo las equivocaciones en que incurrieron personas de la

talla de Julián Huxley, Bertrand Russell y aún Lotka, Carr-Saunders y otros demógrafos. De consiguiente no sorprende que cueste tanto modificar la mentalidad de la gente y de que quede tanto por hacer. Como resabio de esa época se está autorizado para calificar la idea de que ha de suscitarse la reproducción humana para ocupar precipitadamente los territorios y que redundará en aumento de la importancia y el poderío de nuestras naciones y de la región en conjunto. De poco o de nada sirve reconocer que, en verdad, dichos territorios están insuficientemente ocupados y que el incremento de los habitantes expande el mercado interno, promueve la diversificación de mano de obra y distribuye los gastos públicos entre un número mayor de individuos. Hacen oído sordo ante la afirmación de que se pueden obtener estos objetivos por medios costosos y nocivos y que el problema no radica en la cantidad ni en la densidad de los habitantes sino en la velocidad del crecimiento. Para expresarlo acostumbro anotar que puede convenir a una persona subir 20 Kg. de peso, pero no en una semana ni en un mes. A nada conduce reiterar enfáticamente que no pretendemos que el control de la natalidad sea panacea sino parte integrante de políticas más comprensivas y complejas. Nos ocupamos de él porque queda en nuestro territorio y poco podemos hacer en el ajeno. Tal es la impermeabilidad a los raciocinios que cabe conjeturar que no sustenta la actitud antagónica la inteligencia sino la emoción.

En este aspecto preciso y circunscrito, abundan las controversias y las deliberaciones, que son perturbadoras y dañinas. Como aseveramos varios chilenos en expresión poco académica, los médicos no tenemos para qué colgar la regulación de la natalidad de la percha del desarrollo social y económico. Nos basta probar irredargüiblemente que la fecundidad excesiva y sin control causa la epidemia de abortos que asola nuestras naciones y trae aparejados vicios morales, perjuicios de salud y otras calamidades; que se confabulan ambas para ocasionar tasas ingentes de mortalidad materna; que aquella está en la raíz de la desnutrición generalizada y grave de nuestros niños y contribuye a sustentar niveles escandalosamente altos de mortalidad infantil; que contribuye asimismo al agotamiento prematuro de las mujeres, a la abundancia de la ilegitimidad, de los desquiciamientos matrimoniales, de los abandonos de criaturas y de muchos desastres más. Encuestas reiteradas revelan que, en general, las madres de todas las capas sociales desean tener proles más pequeñas y que las altas las están consiguiendo por acción voluntaria. Más elocuente todavía es la prontitud con que atiborran los consultorios en que se suministran métodos an-

ticonceptivos. No lo es menos que hayan resistido las prohibiciones decretadas por un par de gobiernos y que aún en naciones donde se trabaja en régimen de catacumbas funcionan dichos consultorios y tienen algún rendimiento. Quienquiera siga los acontecimientos advertirá que se repliega la resistencia y que sólo se robustece accidental y temporalmente. El autor sostiene que la experiencia chilena es enteramente demostrativa y que no median obstáculos infranqueables para que se la repita en algunos países de América Latina, en espera del momento en que se la generalice. Asevera que el descenso manifiesto y sostenido de nuestra natalidad depende primordialmente de que las parejas tomaron decisión irrevocable y que para ponerla en práctica los programas de control han sido de incuestionable utilidad. Con Notestein pienso que el éxito de éstos ha superado las expectativas porque se iniciaron en momento propicio.

Parece incontrovertible la conveniencia de que siga disminuyendo la proporción de población campesina todavía muy redundante y que, en condiciones favorables, podría reducirse al 10% o algo así. Como adelantamos la migración interna no guarda ritmo con el surgimiento de la industria y los progresos de la agricultura y, peor todavía, es altamente selectiva con el deterioro consiguiente de la que queda atrás. Sin embargo su rasgo más funesto emana de que no ejercen la atracción o el tropismo que habría desplazado unos 14 millones de personas entre 1950 y 1960 por las ciudades en general —que crecen, de todos modos, a velocidad doble, por lo menos, que el medio rural— sino las capitales. Montevideo alberga el 46% de los uruguayos; Buenos Aires y Santiago el 33% de los argentinos y chilenos y el 20 ó el 25% de los habitantes en las demás repúblicas, con contadas excepciones. El desnivel consiguiente es tan descomunal como para suscitar la impresión de que en las metrópolis viven los colonizadores y los colonizados en el resto del territorio y como para que funcione como bomba de succión que lo desangra. En las provincias suele no existir manera de dar a los hijos siquiera educación secundaria y promesas de futuro y los factores que condicionan esa atracción actúan de modo sinérgico. Sin asomo de demasía cabría tildar el abultamiento de bola de nieve. Aparece palmario que se abultan asimismo e infiltran incesantemente los asentamientos marginales o irregulares que constituirían hoy alrededor del 25% de la población urbana. No son, eso sí, consecuencia directa y exclusiva de la migración interna. Entre otras las investigaciones de CELADE en el Gran Santiago evidencian que, de sus ocupantes, no más de un tercio nació fuera de los límites urbanos.

Los demás son sujetos que rechazó la ciudad, parias sociales e individuos que, simplemente, desean ahorrar en el ítem habitacional. En Chile se intenta aliviar la condición de esta gente con un conjunto de medidas que se etiquetan de promoción popular. Incluyen construcción de casas, suministro de servicios públicos —agua, alcantarillados, alimentación, etc.— y “equipamientos”, como también organización de la comunidad. Prescindiendo de los ribetes proselitistas, dichos intentos adolecen del error grosero de arraigarla donde probablemente no debería estar y suscitar la proliferación del tumor haciendo que el barrio atraiga, a su vez, otros migrantes de fuera y del interior de la urbe.

En 1967 la OEA propició, en colaboración con el gobierno de Venezuela, OPS, el Consejo de Población y la Fundación Aspen, la reunión de Caracas. En ella propusimos una definición de política de población un tanto engorrosa pero más explícita y cabal que otra cualquiera. Expresamos aproximadamente: es el conjunto de medidas coherentes que adopta el sector público (léase el Gobierno) que conforman una estrategia racional y busca satisfacer las necesidades y aspiraciones de la colectividad y conservar y utilizar los recursos humanos, a la vez que influir sobre la magnitud y el crecimiento de la población, su estructura según edades, la constitución y composición de la familia, la distribución rural y urbana de los habitantes y el acceso a la educación y a la fuerza de trabajo con vistas a suscitar el desarrollo económico y la participación de los individuos en la responsabilidad y en los beneficios del progreso. Tiene la tarea fundamental de que es estrictamente materialista, prescinde del bienestar o la felicidad de las personas y califica a éstas de recursos humanos, concepto que a muchos repugna. Indudablemente pasará mucho tiempo antes de que nuestros gobiernos se atrevan a formular y poner en marcha una política de este orden cuyo valor y necesidad desconocen.

Adaptando los conceptos que emplea William Petersen para referirse al planteamiento de las ciudades, el autor piensa que, en nuestro caso, dicha política deba ser desembozadamente ideológica o utópica, o sea perseguir metas claras, pero sabidamente inalcanzables antes de que se logre elevación considerable de los niveles de vida y satisfacción de la gama de aspiraciones que incluye mejoramientos de la cultura, la organización social y la economía. Entre dichas metas no es menester que figure una reducción determinada de la natalidad (a la mitad o lo que sea). Nuestro problema es muy distinto al de Asia Sur Oriental, por ejemplo. Esta reducción es altamente deseable; pero no representa imperativo tan categórico como para India, por ejemplo. Procede ejecutar el programa de re-

gulación de natalidad en todas nuestras naciones sin excepción y aún en las que, como Argentina y Uruguay, tienen tasas moderadamente bajas. Obviamente las consiguieron y mantienen gracias al empleo, larga mano, del aborto clandestino. Al propósito declaro que nada haría por combatirlo, en Chile o en otra parte, si no se dispusiera de métodos anticonceptivos más humanos y enormemente menos nocivos. No obstante importar riesgos y perjuicios ingentes, constituye premiosa necesidad social. Tengo reservas respecto a su legalización. Entre ellas destacan el fatalismo de nuestra gente que prefiere afrontar el hecho consumado a tomar medidas preventivas y que, a poco de interrumpido el embarazo, la mujer recupera, de ordinario, su fecundidad. Podría producirse así una cadena sin fin inconveniente por sí misma y muy gravosa para nuestros servicios de atención médica.

La experiencia chilena revela palmariamente que se obtienen rendimientos considerables y se reduce, de hecho, la tasa nacional de nacimientos poniendo simplemente los métodos anticonceptivos al alcance expedito de las personas que desean emplearlos. Ninguna promoción es mejor de la que realiza la cliente agradecida. Esta política de puertas abiertas adolece de dos limitaciones serias. Entre las beneficiarias hay proporción anormal de múltiparas, muchas de las cuales se hallan próximas al término de su período reproductivo e insuficiente de mujeres de las clases más deprimidas e ignorantes que son seguramente las que más requieren protección. Por cuanto se persigue primordialmente que la pareja complete su familia de dos o tres hijos a edad temprana (alrededor de los 30 años) y antes de que sobrevengan los perjuicios de la multiparidad y de la prole numerosa, precisa dar educación de masa, tarde o temprano. Para este fin no es suficiente ninguna dosis de prudencia y discreción. Se plantean dudas respecto a la suministración de anticonceptivos a los solteros. Personalmente juzgo que, al menos, debe procurárselos, aún sin consentimiento de los padres, a quienes declaran mantener relaciones sexuales y muestran discernimiento suficiente.

No se puede exagerar la gravedad de los defectos monstruosos de distribución. En Chile, Santiago tiene 3.000.000 de habitantes, ninguna otra urbe ni siquiera 500.000 y apenas cinco ciudades más de 100.000. Lima agrupa dos y cuarto o dos y medio millones y le siguen en tamaño, con menos de 200.000, Arequipa y Callao que, de hecho, es una prolongación de aquélla. Urge desarrollar centros de actividad manufacturera, dotarlos de recursos diversos —casas, colegios, teatros, etc.— y crear incentivos diversos para dispersarlos tan uniformemente como sea posible. Adaptando términos de

sanidad llamo al proceso continentalización: en los trópicos los aborígenes pueden vivir únicamente en las alturas; cuando se limpian de mosquitos y otras plagas las llanuras, descienden y se expanden por ellas. Puede fomentarse asimismo la formación de pueblos satélites que realmente lo sean, vale decir que disten tanto de la ciudad central como para que no se fusionen con ella en un futuro razonable.

Probablemente el combate de las poblaciones marginales consiste en evitar el asentamiento masivo de individuos en sitios en que se han agrupado, en calidad de paracaidistas (*squatters*), simplemente porque los encontraron desocupados. El Estado debe construir, en gran escala, viviendas económicas —pero suficientes— en esos pueblos satélites, alrededor de las fábricas y de las empresas y en otros lugares adecuados y venderlas al costo o a precios todavía menor mediante el pago de un pie y de cuotas mensuales que no excedan del valor del arriendo correspondiente. Se han ensayado con éxito sistemas de autoconstrucción por los mismos moradores, con diversas formas de ayuda y otros procedimientos. Para retener en el campo a los que emigran por mera desesperación, hay que procurar también en él casas, escuelas, etc. La experiencia demuestra que estos proyectos son de realización más fácil que en el medio urbano.

Además de recorrer el mundo en todos sentidos, he disfrutado del privilegio de conocer América latina palmo a palmo y participar prolongada y frecuentemente en diversas actividades de interés común. Me declaro latinoamericano más que chileno y me irrogo el derecho de opinar con autoridad discretísima. Reitero así que pasará mucho tiempo antes de que los gobiernos formulen y, más aún, pongan en práctica políticas de población, que expondrán a riesgos políticos difíciles de predecir. Dondequiera las fuerzas de izquierda y los marxistas estén más o menos bien organizados opondrán resistencia agresiva e inflexible. Con cierta razón aseveran que se entienden por tales un conjunto de medidas paliativas que persiguen aplazar la transformación radical de las estructuras sociales y la eliminación de las injusticias económicas tan conspicuas en esta región. Resumen su posición afirmando que impedir la reproducción de los pobres agrega otra arbitrariedad. Debe procurárseles, en cambio, ocupaciones remunerativas y acceso a la educación que corrijan los desniveles escandalosos y permitan, además, a cada pareja tener los hijos que deseen y no sólo que puedan mantener con medios asaz precarios. Por la forma en que se han manejado las cosas, estos grupos y varios otros estiman que las preocupaciones de este orden han sido importadas o inyectadas desde afuera y revisten

carácter manifiestamente imperialista. Las grandes potencias y, de modo particularísimo, los Estados Unidos no quieren que sigamos creciendo para no concedernos beligerancia internacional, para no verse obligados a acrecentar o para disminuir la ayuda que, por conveniencia propia, nos allegan y hasta para mantener la inequidad con que se adquieren nuestros productos de importación. Es también altamente improbable que la Iglesia Católica cambie su posición oficial en circunstancias que el Hemisferio contiene hoy, seguramente, la concentración más grande de prosélitos en el mundo. Cualesquiera sean los mecanismos que generaron el error garrafal que implica la Encíclica sobre la Vida Humana, deberán las autoridades eclesiásticas conservar siquiera un simulacro de obediencia. De la apariencia de disciplina depende su estabilidad que amenazaron seriamente las controversias y disensiones que desencadenó el documento. Según anticipé, el incremento demográfico sin freno es hecho nuevo y mucho más todavía la conciencia de que acarrea daños múltiples. Despertarla costará esfuerzos mayores y prolongados entre los individuos de una región que posee extensos territorios inexplorados y que, evidentemente, obtendría ventajas si sus poblaciones fueran más numerosas.

Por estas consideraciones y por otras, estoy firmemente convencido de que constituye error grave instar u hostigar a las autoridades para que elaboren dicha política y crear la condición previa para echar a andar los programas de regulación de natalidad. Nuestra situación es diametralmente distinta a la prevaleciente en India y otras colectividades en que no sólo el progreso sino hasta la supervivencia dependen de que logren reducir drásticamente y prontamente las tasas de crecimiento. He comparado la nuestra con la de un millonario que perdió la llave de su caja de caudales y forcejea para abrirla. En tanto que juzgo incuestionable que nuestro desarrollo sería más rápido y menos fatigoso si frenáramos la velocidad desorbitada de nuestro abultamiento, probablemente no se requiere fijarse metas precisas y taxativas. Porque las ganancias en materia de mortalidad han beneficiado principalmente a la niñez y a las edades jóvenes, se ha producido de verdad un estallido de población en el microcosmos de la familia de que los padres y, sobre todo, las madres tienen noción cada vez más clara. No sólo las numerosas encuestas sino también otros indicios diferentes revelan que las parejas desean limitar el número de los hijos y el control de la natalidad tiene o puede alcanzar demanda social realmente arrolladora. Para lograrlo no precisa aducir argumentos que dicen relación con la riqueza nacional o con los ingresos *per cápita*. Basta señalar la epidemia de abortos, las tasas

descomunales de mortalidad materna e infantil, los daños de la multiparidad y de las proles excesivas.

Kingsley David ha expresado cierto escepticismo de que los programas actuales sean capaces de doblegar efectivamente la natalidad. Si bien el censo de 1970 puede ofrecernos sorpresas, el caso de Chile parece enteramente demostrativo. A partir de 1962, la tasa respectiva y el crecimiento vegetativo descendieron desde 36,1 por mil y de 2,43%, respectivamente, hasta alcanzar 29,2 por mil y 1,96 en 1967. Ese primer año nacieron unas 290.000 criaturas y en el segundo 265.636 en circunstancias que la población aumentó, en el período, de 8.029.000 a 9,1 millones. No se puede atribuir el fenómeno al proceso de urbanización, puesto que el nuestro es uno de los menos precipitados de la América morena ni de industrialización o alfabetización que han sufrido menos cambios que en otras naciones hermanas. No obstante haber coincidido bastante exactamente en el mismo lapso, tampoco cabe achacarlo, naturalmente, a los programas que llevan a cabo el Servicio Nacional de Salud (SNS), la Asociación Chilena de Protección de la Familia y otras instituciones. Los efectos no guardan relación con el tiempo, la extensión ni la eficiencia relativamente insatisfactoria de estas acciones. Postulo que el hecho básico reside en que la pareja ha tomado la responsabilidad en sus manos y practica regulación en gran escala. Incluye ciertamente los abortos inducidos. Dichos programas han facilitado y estimulado considerablemente la satisfacción de esta necesidad.

No deja de ser sugestivo que nuestro progreso sanitario que fue bastante constante y muy manifiesto a partir del segundo cuarto de este siglo, se detuviera y aún retrocediera a principios de la década de 1950. En otra parte traté de demostrar que este estancamiento pudo deberse a dicha explosión en el ámbito de la familia y a que las armas que se empleaban para la lucha contra las enfermedades y la defensa de la salud habían conseguido casi todo lo que se puede esperar de ellas. En verdad de poco sirven, por ejemplo, para combatir los estragos de la multiparidad, del aborto o de la desnutrición de los niños que proviene de las insuficiencias de presupuesto. También a guisa de ejemplo, procede mencionar que los empeños gigantescos para reducir nuestra mortalidad infantil escollaban probablemente contra el obstáculo de esa desnutrición frente a la cual son más o menos impotentes los antibióticos y otros recursos terapéuticos. De ser así resulta también sugestivo que, a partir de 1962, hayan vuelto a descender la mortalidad general, infantil y por tbc.

Existen evidencias de que, como ocurre de

ordinario, iniciaron las prácticas anticonceptivas las clases altas, se infiltraron hacia abajo y difundieron, en cierta medida, hacia el medio rural. Así lo prueban las diferencias apreciables en las tasas de natalidad de distintos sectores de Santiago que han tendido a atenuarse y, con claridad mucho mayor, la concurrencia asidua a los consultorios y la adquisición de progestágenos en las farmacias que no requiere prescripción médica. Estos medicamentos se agotan frecuentemente en el mercado y, en un mes cualquiera, su venta llega a 100.000 dosis. En el mismo sentido habla la aceptación creciente de las secciones quirúrgicas de las trompas. La revelan los datos de maternidad y el hallazgo de un 13% de esterilidades en una encuesta practicada para estudiar los abortos. En los niveles más bajos deben quedar sectores que no ejercen control alguno. Así lo sugiere la experiencia de estos consultores y la menor frecuencia de abortos entre las mujeres más pobres y más incultas.

El autor no divisa razón alguna para que la manera de proceder nuestra no pueda ser imitada en todos o casi todos nuestros países. En ninguno falta un grupo más o menos grande de médicos que se ocupe de defender la salud de sus compatriotas y que entienda que se pueda exhibir los perjuicios de la fecundidad excesiva. Con sigilo o sin estridencias, por lo menos, debería iniciar el programa, limitándose a poner los métodos anticonceptivos al alcance fácil —idealmente en los servicios de obstetricia y ginecología o de madre y niño— de las personas que quieran emplearlos. Son tantas que, en las fases iniciales, cabe prescindir de toda motivación y, particularmente, de la educación de masa que está erizada de peligro. Es ella la que despierta antagonismo. Por sí sola esa acción pone en evidencia e incita la demanda social de regulación. Llega a hacerse tan incontenible como para que no se atrevan a contrariarla la Iglesia ni los políticos. A esta altura procede quizá pedir un pronunciamiento del Gobierno y, en todo caso, impulsar la educación y la motivación. Persiguen éstas ilustrar la opinión pública, extender los beneficios hasta universalizarlos, captar a la gente más menesterosa y lograr familias pequeñas y completadas a edad temprana, que son las metas finales. Mientras tanto resultan de extraordinaria utilidad las investigaciones y estudios demográficos y sociológicos, de opinión (tipo CAP), de fecundidad, sobre abortos, etc.

De estas premisas se desprende nítidamente la importancia del papel que están destinados a jugar las asociaciones voluntarias y los facultativos, sobre todo si gozan de prestigio. Dada la prodigalidad relativa de la ayuda internacional —que suele ser forzoso disimular en cierto

grado— no son de temer, por el momento, las estrecheces de recursos monetarios. Las vallas verdaderas y muy difíciles de abatir son la insuficiencia de los servicios de salud, de facultativos y de profesionales de colaboración médica, de datos de estadística vital y sanitaria y de estudios sociológicos, antropológicos, de psicología social y de otro tipo. Asevero que los consultorios destinados exclusivamente a control de natalidad constituyen, en general, fórmula defectuosa y de rendimiento mucho más precario. No cabe discutir que, cualquiera sea su magnitud, el éxito de nuestro programa se debe principalmente a que disponemos de un Servicio Nacional de Salud que, con todas sus limitaciones, tiene dependencias en todo el territorio. A este privilegio se debe atribuir una reducción considerable de los costos y la posibilidad de establecer formas de colaboración muy provechosas. Aunque de importancia menor, ha sido decisivo que contemos con una tradición censal muy encomiable, con registros de bastante calidad y con las luces y la ayuda que nos procura Celade. El valor de su gestión no es susceptible de ponderar. No obstante ser nuestra tasa (6,8 por mil aproximadamente) más alta que en la mayoría de los países, la escasez de médicos —que tienen también mucha demanda, debido preferentemente al efecto de demostración ejercido por el SNS— ha representado el cuello de botella más infranqueable para la ampliación de nuestras acciones. Sin duda habrá que recurrir progresivamente a otros profesionales y personas. Pienso que se exageran desmedidamente las contrariedades que provienen de la incultura, los prejuicios religiosos y la hostilidad de individuos o grupos cuya existencia no procede negar.

A riesgo de que se me acuse justificadamente que simplifico en exceso, deseo aventurar algunas afirmaciones. No hace todavía un decenio a que me dedico afanosamente a estas tareas. Transcurrió casi la mitad de este período antes de que se comenzara siquiera a discutir abiertamente estas materias y a configurar un pensamiento más o menos definido. En este breve lapso se han creado asociaciones o grupos de acción en todas las naciones nuestras con contadísimas excepciones y multiplicado increíblemente las publicaciones, los cursos de capacita-

ción, las conferencias y los seminarios. Más aún diría que desató realmente la epidemia el Congreso Mundial que, en 1967, realizó la Federación Internacional de Planificación Familiar y que los logros y el abatimiento de la resistencia que están consiguiendo esos grupos dependen de la voluntad que ponen en el empeño y de la cordura con que proceden más que de las circunstancias imperantes en las distintas comunidades. Con estas percepciones y en la certeza de que irán mejorando los servicios de salud y de estadística y los otros factores desfavorables que se mencionaron, no puedo sino alentarlo un optimismo acendrado en lo que se refiere al control de la natalidad y a la frenación efectiva del crecimiento de población que, con toda probabilidad, superó ya la cumbre.

Contrasta con un negro pesimismo respecto a los demás componentes de una verdadera política de población. No faltan quienes entiendan cabalmente los daños que importan para el desarrollo la macrocefalia monstruosa de nuestras naciones, las migraciones internas que impulsan fuerzas indeseables, no encuentran cauces adecuados y agigantan la urbanización sin sentido y la infiltración casi galopante de la marginalidad. De que es así brindan pruebas la proliferación de publicaciones que denuncian la explosión urbana, la implosión, el cáncer de las ciudades, etc. Ignoro que algún gobierno se haya planteado siquiera la urgencia premiosa de corregir estas anomalías con medidas coherentes, enérgicas y de gran aliento. Sin desestimar su valor, la creación de Brasilia representa una nimiedad para ese enorme país y, salvo que se aceleren y robustezcan ingentemente los proyectos que tienen entre manos BID y otras instituciones para desarrollar cuencas y zonas industriales y de otro tipo, equivalen a vaciar el mar con cuchara, dada la magnitud de los problemas. No he visto empujes agrícolas de identidad quizás con la única excepción de México, donde puede que los desbarate pronto y en grado apreciable el crecimiento persistente, en números absolutos, de su población rural. Más que saber, sospecho que esté reduciendo los beneficios de la reforma agraria que emprendió hace tanto tiempo y con coraje y racionalidad que no hemos imitado.